

AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES



JILL SHALVIS

¡Sensual, dulce, divertida y
romántica! ¡Puro placer!

Robyn Carr



dulces
mentiras



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2016 Jill Shalvis
© 2017, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Dulces mentiras, n.º 225 - abril 2017
Título original: Sweet Little Lies
Publicado originalmente por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
Traductor: Amparo Sánchez Hoyos

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte. Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con persona, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, TOP NOVEL y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta: Dreamstime.com y Shutterstock

I.S.B.N.: 978-84-687-9744-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

- Portadilla
- Créditos
- Índice
- Agradecimientos
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Epílogo

Si te ha gustado este libro...

Dedicado a HelenKay Dimon, por ser una verdadera amiga
(¡la mejor!).

También por presentarme a May Chen, el nuevo amor de
mi vida. Gracias por compartirla.

Y gracias a May Chen, por devolverme el amor por la escri-
tura.

Capítulo 1

#ManténLaCalmaYCabalgaSobreElUnicornio

La mamá de Pru Harris le había enseñado a pedir un deseo cada vez que viera un coche rosa, una hoja caer, o una lámpara de latón. Porque pedir un deseo ante algo tan ordinario como una estrella, o un pozo de los deseos, era indicativo de falta de imaginación.

Sin duda alguna, la mujer que estaba bajo la llovizna, a escasos noventa centímetros de distancia, y que buscaba en el bolso una moneda para arrojar a la fuente del patio, no había sido criada por una madre hippy como la de Pru.

Tampoco es que tuviera importancia, dado que su madre se había equivocado. Los deseos, junto con cosas como ganar a la lotería o encontrar un unicornio, no sucedían en la vida real.

—Sé que es una tontería —la mujer se protegía los ojos de la llovizna con una mano, la moneda sujeta en la otra, y sonreía a Pru con timidez—. Pero es algo que llevo muy arraigado en mi interior.

Pru la entendía perfectamente. Soltó a Thor, que se retorció en sus brazos, y agitó las manos en un intento de restaurar la circulación sanguínea. Once kilos de chucho callejero empapado, rechoncho y temeroso hasta de su propia sombra le parecían treinta y cuatro tras la caminata de treinta minutos del trabajo a su casa.

Thor protestó con un fuerte ladrido por ser depositado en el suelo mojado. A Thor no le gustaba la lluvia.

Ni caminar.

Pero amaba a Pru más que a su propia vida, de modo que se quedó pegado a ella, meneando la cola lentamente

mientras le escrutaba el rostro para decidir de qué humor estaban.

—¡Oh! —la mujer parpadeó sorprendida y se quedó mirando al perro—. Yo creía que era un gato gordísimo.

Thor dejó de menear el rabo y volvió a ladrar, como si pretendiera demostrar que no solo era un perro, sino un perro grande y malote.

Porque Thor, un cruce de varias razas, estaba convencido de ser un bullmastiff.

La mujer reculó un paso y Pru suspiró antes de volver a tomar al perro en sus brazos. Su hombretón fruncía el ceño de un modo muy posesivo, las patas delanteras colgando, el rabo de nuevo en movimiento tras encontrarse de repente muy alto.

—Lo siento —se disculpó Pru—. No ve bien y por eso es tan gruñón, pero no es un gato —le dio al animal un pellizco de advertencia para que se comportara—, aunque se comporta como si lo fuera.

Thor le dirigió a su dueña una mirada que decía claramente que más le valía vigilar sus zapatos esa noche.

La mujer devolvió su atención a la fuente.

—Dicen que nunca es demasiado tarde para desear el amor, ¿verdad?

—Así es —Pru asintió.

Porque eso decían. Y solo porque su experiencia personal le hubiera demostrado que el amor escaseaba más que los unicornios, no iba a pisotear los sueños y esperanzas de los demás.

Un inesperado relámpago iluminó el cielo de San Francisco como si fuera el cuatro de julio. Salvo que estaban en junio y hacía más frío que en el ártico. Thor soltó un gemido y hundió la cabeza en el cuello de Pru que empezó a contar. No pasó de uno antes de que el trueno estallara con tal fuerza que todos pegaron un salto.

—¡Caray! —la mujer devolvió la moneda al bolso—. Ni siquiera el amor merece el riesgo de ser electrocutada—. Sin pronunciar una palabra más, se marchó corriendo.

Pru y Thor la imitaron, cruzando a la carrera el patio empedrado. Normalmente se tomaba su tiempo para disfrutar de la preciosa arquitectura del edificio con sus ménsulas, su entramado de hierro y grandes ventanales. Pero había empezado a llover en serio, golpeando con tanta fuerza los adoquines que el agua rebotaba del suelo y le salpicaba las rodillas. En menos de diez segundos estuvo empapada y con las ropas pegadas al cuerpo. Los botines se le habían encharcado y hacían un ruido de chapoteo con cada paso.

—¡No tan deprisa, encanto! —llamó alguien.

Era el viejo sintecho que solía merodear en el callejón. Con la piel bronceada y aspecto de cuero viejo, los largos cabellos grises que le llegaban por debajo del cuello de la camisa hawaiana con brillantes estampados de piñas y loros, se parecía al viejo chiflado de *Regreso al futuro*, pero con unos cuantos años más. Unas cuantas décadas, en realidad.

—Ya no puedes mojarte más de lo que estás.

En realidad Pru no intentaba esquivar la lluvia, le encantaba. Lo que intentaba era esquivar a sus demonios, algo que, sospechaba, iba a serle imposible.

—Tengo que irme a casa —contestó casi sin aliento tras la carrera.

Al cumplir los veintiséis, su instructor de *spinning* había bromeado con ella anunciándole que a partir de ese momento se iniciaba la cuesta abajo. Pero ella no lo había creído. Y de repente ya no le parecía ninguna broma.

—¿A qué viene tanta prisa?

Resignada a charlar un poco, Pru se detuvo. El viejo era dulce y amable, aunque seguía negándose a confesarle su nombre, asegurando haberlo olvidado en los años setenta. Cierto o no, Pru le había estado alimentando desde que se había mudado al edificio tres semanas atrás.

—Los del cable por fin vendrán hoy —le explicó—. Dijeron que a las cinco.

—Eso te dijeron ayer. Y la semana pasada —contestó él mientras intentaba acariciar a Thor, que no estaba por la labor.

Una cosa más en la lista de objetos odiados por Thor: los hombres.

—Pero esta vez va en serio —insistió ella mientras dejaba al perro en el suelo. Al menos era lo que le había prometido por teléfono el supervisor de la empresa. Necesitaba la televisión por cable. Muchísimo. Al día siguiente se celebraría la gala final del programa *Mira quién baila*.

—Disculpe —dijo alguien mientras salía de la cabina del ascensor y pasaba junto a ella.

Llevaba un sombrero calado sobre los ojos para evitar mojarse el rostro con la lluvia, y el logotipo de la compañía del cable en el pecho. Sujetaba una caja de herramientas en una mano y su aspecto, en general, era el de andar por la vida siempre fastidiado.

Un profundo gruñido surgió de la garganta de Thor, que se escondió entre las piernas de Pru. Aunque el sonido era feroz, su aspecto resultaba más bien ridículo, sobre todo estando tan empapado. Tenía el pelaje de un yorkshire terrier, uno muy gordo, a pesar de ser todo un mestizo. Y, demonios, quizás sí tuviera una parte de gato. Salvo que en su caso tenía una de las orejas caída, mientras que la otra se mantenía erguida y le proporcionaba una expresión de perpetua confusión.

Ningún gato que se preciara habría permitido algo así. El tipo del cable le echó una ojeada y, tras soltar un bufido, siguió su camino.

—¡Espere! —gritó Pru—. ¿Busca el 3C?

—En realidad, soy más bien un tipo de doble D —contestó él tras dedicarle una mirada de arriba abajo y haciendo referencia a una talla de copa de sujetador.

Pru bajó la mirada. La camisa empapada se había pegado a sus pechos. Entornó los ojos y se cruzó de brazos sobre un pecho que, desde luego, no era de la talla DD.

—Seré un poco más clara —ella agarró la correa de Thor con más fuerza. El animal seguía gruñendo, aunque sin mucho entusiasmo. Solo fingía ser un tipo duro—. ¿Busca a la persona que vive en el apartamento 3C?

—Buscaba. Pero no había nadie en casa —el hombre fijó la mirada en Thor—. ¿Eso es un perro?

—¡Sí! Y yo soy la del 3C —contestó Pru—. ¡Y estoy en casa!

—No abrió la puerta —él sacudió la cabeza.

—Ahora sí lo haré, se lo prometo —ella sacó las llaves del bolso—, subiremos ahora mismo y...

—No podrá ser. Son las cinco en punto —el hombre le mostró el reloj—. He acabado mi turno.

—Pero...

Pero nada. El hombre se había marchado bajo la lluvia, esfumándose en la niebla como si se tratara del decorado de una película de terror.

Thor dejó de gruñir.

—Genial —murmuró Pru—. Sencillamente genial.

—Yo podría engancharte el cable —anunció el viejo sin techo—. He visto cómo lo hacían en una o dos ocasiones.

El anciano, como todo el edificio de Pacific Heights, había conocido días mejores, pero ambos conservaban cierto encanto, lo cual no significaba que se fiara de ese tipo como para permitirle la entrada a su casa.

—Gracias, pero esperaré —ella declinó la oferta—. En realidad no necesito la televisión por cable tan urgentemente.

—Pero mañana es la final de *Mira quién baila*.

—Lo sé —ella suspiró.

Otro rayo cruzó el cielo, seguido de inmediato por el crujido del trueno que retumbó en todo el patio. El suelo se estremeció bajo sus pies.

—Esa es mi señal para irme —el viejo desapareció por el callejón.

Pru subió a Thor a su casa, lo secó con una toalla y lo metió en su cestito. En cierto modo, a ella le apetecía lo mismo, salvo que se moría de hambre y no tenía nada decente en el frigorífico. Por tanto, se puso ropa seca y volvió a bajar.

Seguía lloviendo.

Algún día iba a tener que comprarse un paraguas. Pero de momento se contentaría con correr a toda velocidad hacia la esquina noroeste del edificio, pasar por delante del Coffee Bar, el Waffle Shop y el South Bark Mutt Shop, todos cerrados. Siguió por delante del estudio de tatuajes Canvas, que sí estaba abierto, y se dirigió hacia el pub irlandés.

Sin el acicate del cable para hacerle compañía, necesitaba unas alitas de pollo.

Y en ningún sitio se preparaban las alitas de pollo como en O'Riley's.

«Lo que buscas no son alitas de pollo», anunció una vocécita en su cabeza. Y era un hecho. No, lo que más la empujaba a entrar en O'Riley's, como la abeja atraída hacia la miel, era el tipo de metro ochenta, de anchos hombros, ojos oscuros y sonrisa misteriosa. El mismísimo Finn O'Riley.

Después de tres semanas viviendo en ese edificio, era muy consciente de lo unida que estaba la gente que vivía o trabajaba allí. Y sabía que, en gran parte, se debía a Finn.

Y sabía más cosas. Más de las que debería saber.

—¡Eh! —el viejo asomó la cabeza por el callejón—. Si vas a pedir unas alitas, no olvides el extra de salsa.

Pru agitó una mano en el aire y, de nuevo empapada, entró en O'Riley's. Durante unos segundos se quedó parada, intentando orientarse.

De acuerdo, eso era mentira. Lo que hizo fue fingir intentar orientarse mientras paseaba la mirada por la barra del bar y los que estaban detrás.

Había dos personas trabajando. Sean, de veintidós años, hacía malabares con botellas para deleite de un grupo de mujeres que gritaban encantadas, pegadas a la barra atraídas por la deslumbrante sonrisa y ojos burlones. Pero no fue sobre él sobre quien se posó la mirada de Pru como si se tratara de una pila de galletas Oreo con doble relleno.

No. Ese honor le correspondió al tipo que dirigía el local, el hermano mayor de Sean. Todo músculo y seguridad, Finn O'Riley no se dedicaba a seducir a la clientela. Nunca lo hacía. Se movía rápida y eficazmente, sin exagerar, apresurándose a servir los pedidos sin dejar de mantener un ojo

en la cocina, firme como una roca, haciendo todo el trabajo.

Pru podría quedarse allí mirándolo todo el día. Era por sus manos, en constante movimiento, movimientos de precisión. Por supuesto estaba demasiado ocupado para ella, uno de los muchos motivos por los que no se había permitido fantasear con él haciéndole cosas deliciosamente traviesas en la cama.

¡Uy! Otra mentira. Y de las gordas.

Porque había fantaseado con que ese hombre le hacía todas esas cosas traviesas en la cama. Y también fuera de la cama.

Era su unicornio.

Cuando él se agachó tras la barra del bar en busca de algo, toda una fila de mujeres se inclinó hacia delante para obtener una mejor visión. Parecían suricatos puestos en fila.

Segundos más tarde, Finn volvió a aparecer cargando con una enorme caja de algo, quizás vasos limpios, pero sin aspecto de estar haciendo un gran esfuerzo, sin duda gracias a todos esos músculos que se marcaban bajo la camiseta negra y los vaqueros desteñidos. Los bíceps ondularon al volverse, permitiéndole a Pru una buena visión de los Levi's perfectamente ajustados. Por delante y por detrás.

Caso de advertir la avidez del público, Finn no dio ninguna muestra de ello. Se limitó a dejar la caja sobre el mostrador e, ignorando a las mujeres que lo devoraban con la mirada, saludó a Pru con una inclinación de cabeza.

Ella se quedó paralizada antes de estirar el cuello y mirar hacia atrás.

Pero no había nadie. Solo ella misma, goteando por todo el suelo.

Se volvió de nuevo y se encontró con la mirada divertida de Finn. Sus miradas se fundieron y se mantuvieron durante unos interminables segundos, como si él le estuviera tomando el pulso desde el otro extremo del local, registrando el hecho de que estaba empapada y sin aliento. Las comisuras de los labios se curvaron hacia arriba. Había vuelto a resultarle divertida.

Los clientes se interpusieron entre ellos. El bar estaba, como de costumbre, abarrotado, pero al despejarse el camino de nuevo, Pru descubrió que Finn seguía con la mirada fija en ella, firme y sin pestañear. Los ojos de color verde oscuro emitían un destello de algo que no era diversión, algo que empezó a caldearla de dentro hacia fuera.

«Tres semanas y se repite lo mismo cada vez...».

Pru se consideraba razonablemente valiente y quizás algo más que razonablemente aventurera, aunque no necesariamente atrevida. No le resultaba fácil conectar con la gente.

Y esa fue la única excusa que tuvo para desviar la mirada, fingiendo echar un vistazo a la sala.

El pub era pequeño y acogedor. La mitad destinada a bar y la otra mitad a pub para cenar. La decoración con madera en tono oscuro recordaba a las viejas tabernas. Las mesas eran antiguos barriles de whisky y la barra estaba hecha de viejas puertas recicladas. Las lámparas eran de latón y las fijaciones de cristal tintado. Junto con el zócalo, hecho a partir de listones de vallas de madera, el conjunto tenía un encantador aspecto antiguo, y muy cálido.

La música surgía de unos altavoces ocultos y animaban el ambiente sin impedir las conversaciones. Una de las paredes era de cristal y ambos lados del pub tenían acceso al exterior a través de unas puertas acristaladas. Una daba al patio y la otra a la calle, permitiendo una preciosa vista del Fort Mason Park y Marina Green, con el puente Golden Gate al fondo.

Todo ello resultaba fascinante, aunque no tanto como el propio Finn. Y por eso los traidores ojos volvieron a posarse en él.

Y él la señaló con un dedo.

—¿Yo? —preguntó Pru, aunque era imposible que la oyea desde el otro extremo del local.

Con una sutil sonrisa, él colocó el dedo en forma de gancho.

Pues sí. Ella.

Capítulo 2

#LlévameAnteTuLíder

El cerebro de Pru se preguntó qué habría opinado su madre sobre acercarse a un hombre que te llamaba con el dedo doblado en forma de gancho. Pero a los pies de Pru no les importó mientras se dirigían directos hacia él.

Finn le entregó una toalla limpia para que se secase. Sus dedos se rozaron fugazmente, provocándole a ella un estremecimiento. A Pru le gustó. De hecho era lo más excitante que le había sucedido en mucho tiempo. Él le proporcionó un asiento.

—¿Qué te apetece? —la voz era grave y rasposa.

Y a Pru se le llenó la mente de toda clase de respuestas inapropiadas.

—¿Lo de siempre? —insistió él—. ¿O el especial de la casa?

—¿Y eso qué es? —preguntó ella.

—Esta noche es un mojito de sandía. Puedo prepararte uno sin alcohol.

Ese hombre veía pasar por su local a saber cuántas personas en un solo día y, además, ellos no habían cruzado más que unas pocas palabras, pero recordaba qué le apetecía tomar tras un largo día de trabajo en el mar.

Y también lo que no. Pues ya se había dado cuenta de que no bebía alcohol. Costaba creer que fuera capaz de recordarlo todo cuando tenía un menú para el pub, un menú de bebidas alcohólicas, y un menú especial dedicado únicamente a cervezas.

—¿Llevas un registro de mis preferencias? —preguntó Pru sintiendo que el calor la invadía. El calor y algo de miedo, pues no debería hacer eso, no debería flirtear con él.